

Paradojas y silencios

PABLO J. VAYÓN | ACTUALIZADO 24.04.2011 - 05:00

0 comentarios

2 votos



50 Semana de Música Religiosa de Cuenca. Solistas: Hieke Meppelink, soprano; Patrick van Goethem, alto; Jan van Elsacker, tenor; Harry van der Kamp, bajo, Director: Gustav Leonhardt. Programa: Cantatas BWV 86, 155, 154, 42 y 159 de Johann Sebastian Bach. Lugar: Catedral de Cuenca. Fecha: Viernes 22 de abril. Aforo: Lleno.

Paradojas. Mientras Sevilla se anegaba de lluvia justo al apuntar el momento de mayor esplendor y exuberancia de su esplendorosa y exuberante Semana Santa, uno de los mejores embajadores culturales de la ciudad, la OBS, se venía hasta las adustas tierras castellanas para ofrecer música de la liturgia luterana en un templo católico, y lo hacía de la mano de un luterano ferviente, Gustav Leonhardt, a sus casi 83 años un mito viviente de la interpretación *históricamente informada*.

La visión que el gran maestro holandés tiene de la música sacra de Bach encaja desde luego mucho mejor con la austeridad de las celebraciones pasionales de Cuenca que con el brillo incontenible de los desfiles procesionales sevillanos. Fiel a sus planteamientos desde antiguo, hay en el Bach de Leonhardt un despojamiento de lo accesorio, una búsqueda de las esencias, que determinan versiones de sus cantatas contenidas pero intensas, de una emoción íntima y honda, que se apoya en un equilibrio sonoro medido hasta la obsesión, sin estridencias ni contrastes exagerados, de pulso firme, recto, pero en absoluto inflexible. La respuesta de la OBS fue espectacular, por la tersura del empaste, el refinamiento del fraseo, la definición exquisita del bajo continuo y la calidad extraordinaria de los solistas en los pasajes *obligados* (Valetti, Gandía, Bernardini, Marsh, Zafra, Ruiz). El tono mate y aterciopelado exigido por la batuta resultó en todo momento de prestancia y belleza irrepugnables.

El elenco de cantantes presentó en cambio alguna debilidad. Magnífico el tenor Jan van Elsacker, que a pesar de su voz de naturaleza puramente lírica supo encontrar los acentos dramáticos que exigía buena parte de su desempeño, en especial esos recitativos en los que asume el rol de Evangelista. Muy intenso y con suficiente agilidad el veterano Harry van der Kamp (quien tuvo, retuvo) con algunos momentos de notable impacto, como en su aria de la gran cantata BWV 42. Algo ligera en general la soprano Hieke Meppelink, más adecuada para la chispeante aria de BWV 155 que para el recitativo de apertura de la misma obra, que exige un talante mucho más dramático. Los mayores problemas vinieron en cualquier caso por cuenta del contratenor Patrick van Goethem, voz algo estridente en el agudo, blanquecina e inexpresiva, que se desdibuja con el más mínimo apianamiento. La maravillosa y extensa aria de alto de BWV 42 o la bellísima de BWV 86, con un florido violín obligado en el acompañamiento (más austero que de costumbre en esta ocasión), resultaron algo deslucidas, aunque no afectaron esencialmente al sentido emotivo y espiritual de la celebración. Leonhardt, impertérrito, lo dirigió todo con gesto claro y sereno y, por supuesto, pidió al público que no hubiera palmas durante el concierto. El escrupuloso silencio que se hizo tras el coral de cierre de BWV 159 fue su mejor homenaje.